

A la ciudad más cercana, Santander, mi padre viajaba una vez al mes, según aseguraba, para atender los negocios navieros. Regresaba no antes de pasada una semana, más delgado que a la ida, cansado, con ojeras. Justificaba esa ruina corporal por el mucho trabajo que había realizado; insistía en ello, aunque nadie le pedía cuentas de sus actos. Las únicas preocupaciones de su mujer eran mantener el decoro dentro del hogar, asistir a misa con las amigas cofrades, el que yo me educara sin incordiar mucho y que las criadas, Antonia y Francisca, se comportaran obedientes.

La casa tenía tres plantas: la baja con el zaguán adosado a la cuadra, la cocina con la despensa, el comedor de diario, un cuarto de aseo, otro de plancha y remiendos para la ropa, además de la habitación de las sirvientas; mis padres y yo utilizábamos las estancias del piso de arriba; en el desván estaban guardados en un armario el uniforme de coronel, el sable curvo, los corrajes y las pistolas, y en baúles a salvo de humedades, el ajuar que no era de uso corriente. Un patio con manzanos cercado por un murete de piedras con un acceso por una verja de forja y el sotechado que hacía de leñera completaban la finca. Las viviendas de los vecinos eran más pequeñas y no tenían un escudo en la fachada.

De aquel lugar, sus gentes y paisajes, conservo impresiones de agrado, tal vez porque marché de allí cuando todavía era niño.

VIII

Cuando mi padre fue por segunda vez a hacer la guerra, yo acababa de cumplir diez años.

Me habían echado de casa hasta la hora de la cena. Era una soleada tarde de agosto. Subí corriendo la pendiente de una calle, me gustaron las flores de un balcón, hacía calor fuera de la sombra de las fachadas, me detuve en una esquina, continué más despacio. Tomé asiento en una roca del mirador, arriba en el monte. Un vaquero conducía el ganado de vuelta al establo, en un pastizal esmeralda una yegua jugaba con su potrillo, el mar estaba tranquilo, los pescadores remaban a tierra para varar las barcas en la playa. Me olvidé del tiempo, me entretuve en imaginar y regresé con hambre. En la puerta de casa vi cómo un jinete entregaba una carta a mi padre. El correo vestía uniforme de húsar, tenía prisa y no desmontó de su montura.

A los pocos días, apareció frente a la verja del patio un coche con tiro de mulas. Se apearon dos oficiales; mi padre les recibió vestido con uniforme, llevaba el fajín de coronel, la espada y las pistolas. Mientras los tres militares conversaban a la sombra de los árboles del patio, en la calle se fueron congregando los mozos del pueblo. Algunos iban armados con lanzas improvisadas, fabricadas con varas de avellano y cuchillos de monte, otros con hachas de cortar leña, todos querían

matar franceses. Apareció en seguida el sacerdote que consolaba viudas a ambos lados del arroyo, traía la intención de sermonear largo y tendido sobre las virtudes cristianas; comenzó a hablar del amor humano, pero debió descubrir entre los voluntarios al hijo de cierta mujer, porque tardó muy poco en cerrar la boca.

Sagrario quiso despedirse del marido desde la distancia y me invitó a que fuera su acompañante en la torre de la iglesia. Por el campanario le vimos desaparecer al final del valle, cuando en un cruce de caminos el coche de mulas tomó la ruta de Francia. Entonces mi madre dijo que Dios siempre estaba a nuestro lado. Escuché en su voz un tono distante, de enfado sin ira, de adiós sin duelo. De ese mismo día tengo otros recuerdos de ella, aunque son bastante imprecisos, yo era aún demasiado pequeño y carecía de las experiencias que permiten cotejar sucesos. Aprendía del mundo, lo hacía rápido en la escuela, pero con un mal maestro y en una clase con muchos alumnos. Cuando tenía dudas recurría a Antonia, cuyas ideas estaban tan apegadas a la tierra que era incapaz de imaginar sucesos más allá del horizonte.

Aquella noche, mientras cenaba, antes de ir a mi dormitorio y rumiar en la cama las impresiones de la jornada:

—¿Quieres más nata en el pan? —me preguntó Antonia en la cocina.

—Sí, claro. Un poco más.

—Te ha entrado hambre con el paseo. ¿Qué te pareció tu padre? A mí que estaba muy preocupado.

—Estuve acompañando a mi madre. Fuimos a la torre.

—Lo sé, lo sé, me lo dijo.

—Antonia, ¿sabes que olía raro?

—¿Quién?

—Mi madre. Y tenía un color amarillo, como el de esta nata. Así, por arriba, del color de la grasa.

—Ya estás otra vez con los colores. Me vas a volver loca.

—Pero los veo. Tú eres blanca, menos cuando te enfadas.

—Pues claro que soy blanca. Y tengo el pelo rubio. Y pecas en la cara...Y ahora me estás haciendo enfadar, ¡déjate de tonterías!

—No es verdad, no estás enfadada. Pero no crees que veo colores.

—Y eso de tu madre, ¿a qué dices que olía?

—A miedo. Olía a miedo.

—Pero, ¿qué historia es esa...? ¿Cómo sabes... a qué huele el miedo? Venga, acaba la leche y vete a la cama. Ya digo que me vas a volver loca.

—Antonia, cuidas de la despensa, traes gallinas y conejos, despellejas los corderos... ¿Nunca has notado el olor de un animal cuando te acercas a él con un cuchillo?

—Venga, a la cama, vas a acabar como tu abuela, ella una bruja que hacía el mal de ojo y tú igual, con tanto color y tanto olfato.

La noticia sobre la derrota nos llegó en boca del arriero que condujo hasta la plaza de la iglesia un carromato con heridos, entre los cuales estaba mi padre. La mala nueva precedió en sólo unas horas a la aparición en el pueblo de un grupo de húsares franceses en labores de reconocimiento. Cabalgaron al paso por los márgenes del arroyo hasta detenerse a ambos lados del puente. El oficial al mando les ordenó desmontar y, con las bridas de la mano, repartirse por la vaguada para al estar dispersos no ser un blanco fácil. Él continuó a caballo, usando un catalejo para estudiar el sinuoso trazado de los barrios. Después de meditar sobre el peligro de avanzar por las pendientes si los vecinos disparaban desde las casas, optó por abandonar aquella posición, expuesta al fuego cruzado desde dos laderas, y se retiró con la tropa. Mientras en el campanario los vigías daban saltos de alegría por la marcha del enemigo, mi madre atendía a su esposo con la colaboración de Antonia y Francisca. Durante la noche, las tres mujeres se turnaron en las atenciones; pusieron paños mojados en la frente del herido para bajar la fiebre, le obligaron a beber tisanas con hierbas medicinales, le arroparon con mantas cuando tuvo convulsiones y rezaron por él, pero no se atrevieron a extraer la bala que tenía alojada en la pierna.

Fueron los franceses quienes salvaron al coronel. Se presentaron con las primeras luces del día, y no llegaron unos pocos a caballo, sino en

regimiento numeroso, con cañones, carros de intendencia, boticario y cirujano.

La guerra fue larga y librada con métodos de terror. En la región con centro en Santander se repitieron los avances y retrocesos de los ejércitos enfrentados. Los invasores ocupaban las poblaciones importantes, que mantenían en contacto por medio de patrullas, pero en las cabeceras de los ríos y en las zonas boscosas no hacían acto de presencia. Los españoles mantenían cuarteles en Asturias y la parte norte de León; cuando, atendiendo los informes de los guerrilleros, conocían que el número de tropas enemigas había disminuido por el traslado a Castilla de alguna división francesa, amagaban con avanzar hasta la capital de La Montaña. Alguna vez llegaron, sólo para ser allí derrotados; sin embargo, lo habitual era que cruzaran las marismas de San Vicente, alcanzaran Cabezón, Comillas, continuaran por Cóbreces y Novales en ruta a Santillana y amenazaran la población de Torrelavega antes de emprender la retirada.

Desde la aparición de los franceses muchas cosas habían cambiado en mi pueblo a orilla del mar, pero desde luego que no la inclinación de las calles; desde nuestro hogar: cuestras en curva hasta la plaza de la iglesia y pendientes escalonadas para llegar al puente del arroyo. En casa también teníamos que salvar alturas. Mi padre bajaba cada mañana del dormitorio a desayunar en la cocina. Había perdido una pierna a consecuencia de la

herida y caminaba con la ayuda de muletas. Pasaba el día en la planta baja y, si hacía buen tiempo, en el jardín, por donde podía moverse con cierta soltura. La dificultad para andar le hizo olvidar su afición a viajar a la ciudad para divertirse con mujeres; en todo caso, su presencia en las oficinas de la naviera era innecesaria, pues el comercio con Las Antillas estaba interrumpido por la guerra y los pocos barcos que no habían sido requisados permanecían anclados en el puerto de La Habana.

Siempre encerrado en la finca, acaso por aburrimiento, tal vez porque le desperté el afecto, comenzó a interesarse por mí. Si al principio nuestras relaciones fueron tan tensas como las propias de dos desconocidos, poco a poco encontramos temas comunes para conversar. Yo, con la inocencia de mi edad, le contaba todas las intimidades, incluidas aquellas que hasta entonces sólo compartía con Antonia. Él no me trataba como a un niño, se comportaba conmigo con respeto, también con aprecio, pero me hablaba sin recato, como si fuéramos antiguos compañeros de fatigas y no padre e hijo.

Estábamos en el patio; acababa de pasar frente a nosotros una patrulla de franceses en ronda de vigilancia. Nos habían saludado desde el otro lado de la verja, respetaban el grado militar de mi padre y procuraban ser amables con todos los vecinos. La tarde, serena, la tierra desprendía el calor acumulado en las horas de sol, la brisa soplaba

de la costa, de la mar llegaban olor a algas y el murmullo de las olas.

—Tasio, dime qué ves alrededor de las personas. Me han comentado que ves colores —preguntó mi padre.

Quedé sorprendido; nunca había imaginado que él pudiera interesarse por algo que Antonia calificaba de tontería. Pero enseguida me repuse y encantado de hablar sobre aquello le respondí:

—Señor; no los veo siempre, sólo a veces. Salen del cuerpo y de la cabeza. Cambian, tienen formas. Padre, alrededor suyo hay una nube blanca cuando me quiere y está tranquilo, como ahora. Antonia también tiene color blanco, pero si se enfada la nube desaparece.

—¿Y tu madre, también tiene un halo blanco? ¿Sabes qué es un halo?

—Sí, son las coronas de las vírgenes y los santos, pero en los cuadros no salen de todo el cuerpo.

—¿Y tu madre?

—Su color es amarillo, marrón, alguna vez se convierte en rojizo, como el de la sangre reseca. Pero su nube no es seguida, ese halo lo tiene sólo sobre la cabeza, de su corazón no sale nada.

—La última pregunta. Tasio, hijo mío, ¿de qué color eres tú?

—No lo sé, yo no me veo. Probé con un espejo, pero no pude ver nada.

—Bien, escucha —dijo con tono de preocupación—. Mi madre, tu abuela Pilar, también veía colores. Se lo oí contar hace muchos años,

cuando yo era un niño, como tú ahora. Sé que dices la verdad. Ella los clasificaba en dos clases: los colores violentos y los de esperanza. Pero son cosas que no debes contar a nadie —continuó con gesto serio; una de sus manos en mi hombro y mirándome a los ojos—, es malo para ti, pueden pensar que estás loco. Cuando seas mayor comprobarás que la gente tiene miedo a lo que no entiende. Entonces se pone nerviosa, se enfada y puede atacar.

—Se lo he dicho a Antonia —me atreví a decir.

—Lo sé, claro que lo sé. También está preocupada por ti. Ella y yo estuvimos hablando de ti.

La conversación terminó con otra sorpresa:

—Olvidaba decirte que yo también conozco el olor del miedo. He conducido a muchos hombres al combate, con fortuna y triunfos. Aunque en otras ocasiones... ya me ves —comentó mientras señalaba con la muleta el muñón de la pierna—. Sí, hijo, sé muy bien que hasta los valientes sudan miedo.

Durante aquella contienda que parecía no tener final, ambos bandos evitaban las batallas campales en las tierras norteñas. Cerca del Cantábrico no hay llanuras donde puedan desplegarse grandes ejércitos. Se peleaba en pequeños destacamentos de infantería o en escaramuzas de jinetes. Los caminos eran paseo de patrullas y emboscada para exploradores. Las aldeas conquistadas un día se abandonaban al siguiente. Para la población lo único constante eran las requisas militares

de cereales, ganado, enseres domésticos: desde mantas y colchones hasta utensilios de cocina, también de carruajes: con tiro de mulas o de caballos. Junto a esas donaciones obligadas a punta de bayoneta, a los lugareños se les exigían servicios para la tropa: alojamiento en las casas, corte de leña para las fogatas de los campamentos y cuidado de los heridos.

En un continuo vaivén de rapiña, la guerra esquilmba el presente de las haciendas e impedía su recuperación futura debido a la falta de capitales, pues los ejércitos robaban también exigiendo contribuciones en dinero. Los métodos para conseguir pan y oro eran los mismos bajo las dos banderas: el apaleamiento, la cárcel, la horca, el fusilamiento, el rapto, la toma de rehenes y la deportación. Ante tales violencias cambiaron de manos muchas propiedades, las tierras de quienes no alcanzaban a pagar a los recaudadores fueron malvendidas, asimismo los ayuntamientos perdieron la propiedad de montes, pastos, pesquerías y edificios comunales. Hubo especuladores que se aprovecharon de la miseria ajena, personajes crueles que, por recursos o amistades, a la postre cambiaron la estructura de la sociedad y sembraron la cizaña de los consiguientes desastres. Mi madre estuvo entre ellos.

En casa sobrellevamos ese tiempo de penuria gracias a residir en un pueblo alejado de las rutas habituales de los soldados. Sin embargo, no nos libramos, ni nosotros ni los demás lugareños, del